



# Relatos de seglares en tiempo de Pandemia



13 de mayo de 2020  
Luz Evelyn Molina Yepes, OCDS

## Padre, me pongo en tus manos

Este tiempo de pandemia ha sido un cambio abrupto en mi estilo de vida, tanto así que me tomó de sorpresa, porque generalmente estaba acostumbraba a caminar mucho, ir al gimnasio y celebrar la Eucaristía en la parroquia santa Mariana; me acuerdo aún de que el párroco insistía en terminar cada celebración eucarística con la hermosa oración: “Padre, me pongo en tus manos” (cf. Lc 23, 46) ¡Vaya! nos acostumbró a su buena petición. ¿Qué será del padre? Lo ultimo visible en mi mente eran las lágrimas y la tristeza de los feligreses cuando dijo que debía cerrar el templo por orden de la Arquidiócesis... Y ahora todo esto tan habitual ha quedado guardado en el baúl de los recuerdos.

En mi casa ha sido un momento de tranquilidad en familia. Por parte de mis padres les comento que son aficionados a la televisión, se divierten mucho en su habitación con sus diálogos y compartiendo su buena compañía; me alegra su comunicación asertiva y comprensible, aunque desearía que pudieran vivir más la oración.

Ahora, por parte de mi hermana la menor, “la más pequeña”, ha sido una niña que no le ha gustado mucho el ambiente de la oración, es más, no creció con el gusto del combo de los hermanos mayores que iban a la Iglesia de santa Teresita a cantar y a participar de los grupos pastorales de la parroquia. Por otro lado, mi hermano es muy tranquilo y le gusta escuchar música y permanecer en su

habitación viendo tele; tampoco deja de escuchar unas cuantas buenas predicaciones y una que otra música de adoración o alabanza a Dios.

Como familia nos reunimos en la mesa a compartir los alimentos y la vida. Este momento tan especial del día me pone a pensar en las familias que por la situación de la cuarentena han quedado separadas por las distancias o por la calamidad de la enfermedad y no poseen la oportunidad de convivir al igual que yo lo hago con mis padres y mis hermanos... ¡Gracias Señor, verdaderamente soy bendecida por ti!

También me pone pensativa y me causa lastima la prepotencia y la soberbia del hombre que, por tener la plena confianza en su inteligencia, poder y dinero, cree tener todo bajo su control. Sin embargo, este tiempo de pandemia lo ha hecho caer en la cuenta de lo frágil y débil que es. Está en un renacer procesual de reconocerse como creaturas e hijos de Dios y de comprender que todo lo que posee viene de Él y no de la creación u obtención de las manos humanas; esto es efímero y pasajero lo de Dios es eterno y perenne.

Que mejor manera de agradecer al Señor todo lo donado, regalado y suministrado por su voluntad misericordiosa que con la oración y la confianza plena en Él diciéndole: “Padre, me pongo en tus manos”. Pero ¿cómo pagar aún más a Dios por su bondad y generosidad a parte de la oración? Aprovechando lo

**Orden Seglar de Carmelitas Descalzos (OCDS): “Comunidad San Juan de la Cruz”  
Provincia santa Teresita del Niño Jesús (Colombia – Ecuador)**

donado espiritualmente y convirtiéndolo en virtudes para traslucir cada día la imagen y semejanza de Dios. Para mí no ha sido nada sencillo, pero sé que estoy en camino de perfección por mortificar muchas de mis imperfecciones espirituales.

Mi otra manera de agradecer a Dios es la que más extraño: ir al Santísimo. La presencia Eucarística resguardada en la custodia me alegraba solo el simple hecho de quedarme mirándolo y estar ahí a solas con Él por largo tiempo. Sé que el Señor está siempre en mí, pero sencillamente a veces pienso que no le dedico el tiempo suficiente que se merece.

Bueno... Por ahora está todo muy tranquilo y me encanta ver esta tranquilidad en el ambiente. Y este estado en el que estoy solo deseo reconocer e interpretar, de la mejor manera, el querer de Dios para este tiempo. Hasta momento he podido discernir que hemos nacido por, en y para Él con el propósito de hacer su voluntad. Por tanto, por su gran voluntad para conmigo, le pido a Dios que haga a mi familia más dócil y creyente... sea tu voluntad no la mía, por ello: “Padre, me pongo en tus manos”.